

—Como vos lo mandeis. Dios os guarde, marquesa.

—Buenas noches, Don Pedro.

Don Pedro y Don Alonso bajaron la escalera y salieron á la calle sin hablar una palabra, y ya allí, Don Alonso dijo:

—¡Qué tal! ¿estais contento?

—Algo, contestó Mejía.—Hacedme, os suplico, el favor de venir mañana temprano, que quiero tratar con vos de un negocio que me importa.

—Bien—contestó Don Alonso.—Y pensó luego: ya tragó el anzuelo.

Doña Catalina quedó silenciosa hasta que escuchó el zangan que se cerraba despues de haber dado salida á Don Pedro: entonces se levantó, radiante de gozo, y dijo á la vieja echándole al cuello los brazos:

—¡Madre mia! ahora sí creo que me caso, y bien.

—Dios lo haga, que bien lo mereces.

Doña Catalina soñó que se casaba con Don Pedro.

Don Pedro soñó que se casaba con Doña Catalina.

XIX.

Cómo Martin hizo un escarmiento con Don Baltasar de Salmeron, y lo que se originó de esto.

EL único de los hijos de Don Gonzalo de Salazar que pudo ser habido por la justicia, fué Don Leonel, que en una carroza de su padre fué conducido á las casas consistoriales, porque aun la cárcel de Palacio no estaba completamente repuesta.

Martin salió de Palacio en la tarde, y un hombre desconocido que le esperaba, le entregó un papel.

Martin se recató para abrirle, y leyó que decia:

«Buscadme luego en la calle de las Canoas en la casa colorada. Dad por contraseña la misma muestra, y os conducirán á mi presencia.»

A. DE S.»

—Por la casa á que me citan y por las iniciales de la firma, Don Alonso de Salazar debe ser el que me escribe—pensó Martin.—¡Qué demonio! Podia yo si tuviera sobre mí ese libro de Don Leonel, llevarlo luego.....Pero no.....en todo caso vale mas leerlo antes.....Sí, decididamente mañana le llevo: vamos á ver á Don Alonso de Salazar antes que llegue la noche, que á las nueve tengo de dar una leccion á Don Baltasar.

Y sin perder tiempo se puso en marcha para la calle de las Canoas.

La «casa colorada» estaba, como de costumbre, cerrada enteramente: Martin llamó sin vacilar.

—¿Quién?—preguntó el viejo portero.

—Abrid—contestó Martin.

La puerta se entreabrió, quedando contenida por una gruesa cadena que se atravesaba en el interior, y por allí asomó la blanca cabeza del viejo Luis Herrera.

—¿A quién buscáis?—preguntó.

—A un caballero que me envia á buscar.

El viejo no se movia.

—Abrid—dijo Martin.

—¿A quién buscáis?—repitió el portero.

Entonces comprendió Martin que era preciso dar la contraseña, porque el viejo no se la pediría nunca.

—¡Tenoxtitlan!—exclamó.

—Libre—dijo Luis alegremente, quitando la cadena y abriendo.

—¿Cómo habeis tardado en dejarme entrar!

—Vaya, como que vos no dábais la contraseña: y primero me hubiérais matado que yo os hubiera abierto sin esa condicion.

—¿Adónde está el Padre Salazar?

—Yo os conduciré. Esperad no mas que cierre.

El viejo cerró cuidadosamente, y luego dijo á Martin:

—Vamos, seguidme.

Y le condujo á un segundo patio, triste y solitario como toda la casa.

—No está vuestra casa de lo mas alegre—dijo sonriéndose Martin.

—Triste es en verdad—contestó el viejo dando un sus-

piro—triste como el corazon de los que en ella viven; pero llegará un dia en que el sol alumbre aquí, y en que estos patios hoy desiertos, se llenen de caballos y de palafreneros, y que la música resuene en los salones.....

—¿Y cuándo será ese dia?

—Cuando llegue el que vos esperais, como yo.

—¿No sois español?

El viejo volvió á ver á Martin con indignacion, y nada contestó.

Habian llegado á una puerta que estaba al terminar la subida de una pequeña é incómoda escalerita que se descubria en el fondo del patio.

—Aquí—dijo el viejo;—llamad.

Martin dió un golpecillo.

—¿Quién?—preguntaron de adentro.

—Uno y solo—contestó Martin.

Garatuza entró, mirando que la puerta se abria.

El Padre Salazar, envuelto en un balandran de paño negro y con una montera en la cabeza, salia á recibirle.

—Os esperaba con impaciencia—dijo.

—Aquí me teneis—constestó Martin.

—¿Qué hay, pues?

—Poca cosa: hay orden de prenderos á vos y á Don Leonel; no á vuestro padre: pero no temais, que ni el virey ni el inquisidor saben nada.

—¿Pero cómo? Explicadme.

Martin refirió á Don Alonso cuanto habia ocurrido.

—¡Bendito sea Dios! me quitais una losa de mármol que tenia sobre mi corazon; creia que álguien nos habia traicionado, y esto despedazaba mi alma.

—Desgraciadamente—contestó Martin—en cuanto á eso no podeis estar muy satisfecho.

—¿Cómo?

—Hay entre nosotros un traidor, un infame que ha ido á denunciar al virey cuanto hemos pensado hacer y los nombres de todos nosotros; en fin, todo, todo.

—Entonces, somos perdidos.

—Aun no, que la denuncia ha caído en mis manos y no ha llegado á las del virey; pero es preciso que ese hombre muera, porque mañana quizá no estaré aquí, y entonces podreis comprender lo que sucederá.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Por hoy, no puedo, no quiero deciros su nombre. Mañana, el que sepais que ha dejado de existir esta noche, ese es el traidor.

—¿Quién le matará?

—Yo—contestó con fiereza Martin.

El Padre quedó silencio por un instante, y luego dijo:

—Si estás seguro de lo que dices, si tu conciencia queda tranquila de que obras en justicia, sea.

—Y será.

Los dos volvieron á quedar en silencio.

—Dime—exclamó de repente el Padre—¿crees que será peligroso ir esta noche á la junta?

—No—contestó Martin—creo que podreis ir, sobre todo procurando llegar allá antes de las nueve.

—¿Por qué?

—Seguid si quereis mi consejo; pero no me preguntéis por qué.

—¿Irás tú?

—Iré despues de las nueve, si Dios me presta vida.

—Misterioso estás hoy.

—A fé que tengo razon, y ya lo vereis: en fin, me retiro, y hasta la noche.

—Hasta la noche, y no faltes, que mañana debes partir para Acapulco.

Martin salió de la casa colorada, despidiéndose amablemente del viejo portero, y se encaminó á la casa del Zambo.

Habia anocheado, y los transeuntes se encontraban en la calle sin reconocerse á causa de la oscuridad; sin embargo, la librea de la casa del virey que llevaba Martin, no dejaba de llamar la atencion, cuando la heria la luz que salia de una tienda.

Martin entró en la casa del Zambo tan preocupado con la serie de acontecimientos del dia, que ni siquiera le habló á éste.

Sin perder tiempo, quitóse la librea, y vistió apresuradamente un traje con medias calzas de venado, calzones de escudero y ropilla de vellorí pardo; ciñóse un talabarte y colgó de él una gran espada despues de haberla examinado cuidadosamente; prendió en su cintura una daga de gancho, se caló un gran sombrero con pluma negra, y se embozó en una larga capa, negra tambien.

El Zambo le miraba sin decir una palabra, y cuando Garatuza acabó de ataviarse, el Zambo comenzó á levantar las piezas de la librea que Martin habia dejado por tierra.

—Me esperas toda la noche—dijo Garatuza.

—Sí—contestó el Zambo, mas bien con un gruñido que con una voz humana.

—Si necesitas dinero, ya sabes dónde hay.

—Sí—volvió á gruñir el Zambo.

Martin alzó el embozo, el Zambo le abrió la puerta, y dándose todo el aire de un veterano, Garatuza desapareció en la oscuridad.

Sonaba en aquel momento la plegaria de las ocho.

—¡Demonio!—dijo Martin—el mendigo me aguarda á las ocho en la casa del Cristo.

Y comenzó á caminar más de prisa.

Un cuarto de hora despues llegaba al lugar de la cita, y de una de las puertas se destacó un hombre.

Era Lázaro.

Martin le miró con desconfianza; bajó el ancha ala de su sombrero, pero no advirtiéndolo sin duda nada que le hiciera desconfiar, se acercó á él.

—¿Martin?—dijo Lázaro.

—El mismo—contestó Garatuza.

—Has tardado.

—Pero llegué al fin. ¿Qué me querias?

—Hablarle.

—Pues hablemos.

—¿Aquí?

—Si te parece.

—No cerca de los muros; «las paredes oyen.»

—Retirémonos.

Y comenzó Martin á caminar hácia una plazoleta que estaba cercana.

Allí, en medio, en donde nadie podia ni verlos ni escucharlos, se detuvo. El mendigo estaba á su lado.

—Aquí estamos bien—dijo.

—Sí—contestó Lázaro.—Escúchame: esta tarde he hablado con Teodoro, y sé ya todo lo que ignoraba y lo que tal vez tú no habrias podido decirme. Martin, ¿hásme reconocido?

—No, por el santo de mi nombre.

—Bien, voy á descubrirme contigo, como me he descubierto con Teodoro, porque fio en vosotros, y porque sois mi apoyo en los planes que tengo meditados.

—Pero ¿quién sois?—dijo Martin, comenzando á sentir instintivamente cierta especie de respeto por aquel hombre.

—Yo soy—contestó el mendigo acercándose al oido de Martin y como si temiese ser escuchado;—yo soy Don César de Villaclara; buscaba á Blanca, ha muerto y debo vengarla.

—¡Don César!—exclamó asombrado Martin.

—¡Silencio! No vuelvas á pronunciar jamás ese nombre: el que le llevaba no existe sino para los asesinos de Doña Blanca, es decir, para Don Pedro de Mejía y para Don Alonso de Rivera; para ellos sí vive como un remordimiento, como una sombra que verán, que conocerán el dia de la venganza, pero solo entonces y hasta entonces.

—Pero ¿cómo.....

—Nada me preguntes, alguna vez lo sabrás; ahora yo soy el que debo interrogarte. Martin, ¿estás dispuesto á ayudarme en mi venganza?

—En todo—contestó Martin con exaltacion.

—Cuento contigo, y si en la calle encuentras á Lázaro el mendigo, que vive como un perro en la casa de Mejía, no le conoces, Martin, te lo advierto; pero cuida si te hace una seña ó te dice una palabra, y no faltes.

—Confiad.

—Adios, nada mas tengo que decirte. Separémonos.

—Adios.

Y tomando cada uno distinto rumbo, se perdieron entre las sombras.

Garatuza se colocó en una puerta cerrada cerca de la casa del Cristo. Alzó el embozo, se caló el sombrero, y se quedó inmóvil como una estatua y confundido en la oscuridad.

Así pasó mas de una hora. Varios hombres cruzaron á su lado sin verle, y fuéronse unos de largo, y otros llamaron en la casa, dando la contraseña para entrar.

Por fin á lo lejos se escucharon las pisadas de uno que se acercaba. Martin debió conocer el eco de aquellos pasos, porque se enderezó como un venado que oye un rumor en el bosque.

Un hombre estaba ya inmediato á él; era Don Baltasar de Salmeron.

—Buenos dias, le dijo Martin.

—Dios los enviará—contestó Don Baltasar.

—Deseo hablaros, señor Salmeron.

—¿Qué decís?

—Preguntaros si estais dispuesto á morir.

—¿A morir? exclamó Salmeron dando un paso atrás.

—A morir, y ahora mismo, por traidor.

—¡Traidor yo!—contestó Salmeron tirando de la espada y arremetiéndole á Martin, que le esperaba ya en guardia.

—Sí, tú traidor, traidor, y yo te castigo.

Martin arremetia tambien á su contrario, pero la escasa y vacilante luz del farol del Cristo no era bastante para alumbrar un combate, y las espadas se mellaban inútilmente muchas veces, y cuando se encontraban volvian á perderse luego.

Martin sintió que el acero de su contrario penetraba en su brazo izquierdo, y exhalando un rugido dirigió su espada hácia el punto de donde le venia el ataque, y conoció que á su vez habia acertado.

—¡Confesion, confesion!—gritó Don Baltasar—confesion! me han muerto.

Martin limpió su espada y echó á correr.

Varias ventanas se abrieron, y como por encanto apare-

ció allí un alcalde con su farolillo y seguido de una ronda de alguaciles que rodearon al herido.

En la casa del Cristo se abrió con precaucion el postiguiello: un hombre miró por allí un momento y volvió á cerrar. Aquella aventura alborotó á todo el barrio.